Viaje al Pasado

Por

Stefan Zweig

Freeditorial

—¡Ahí estás!

Con los brazos extendidos, casi se podría decir que abiertos de par en par, salió a su encuentro.

—¡Ahí estás! —repitió de nuevo, y su voz recorrió esa escala que asciende cada vez más luminosa desde la sorpresa hasta la absoluta felicidad, mientras miraba la figura de la amada, rodeándola de ternura—. ¡Ya empezaba a temer que no fueras a venir!

—¿De verdad? ¿Tan poca confianza tienes en mí?

Pero este leve reproche no era más que un juego de sus labios sonrientes; sus pupilas encendidas irradiaban la claridad azul de una absoluta confianza.

—No, no es eso, no he dudado… ¿Hay en este mundo algo más fiel que tu palabra? Pero ¡imagínate, qué tonto…! Por la tarde, de repente, de una manera totalmente inesperada, no sé por qué, me entró de golpe un absurdo miedo de que pudiera haberte sucedido algo. Pensé en telegrafiarte, pensé en ir a tu casa, y ahora, conforme el reloj avanzaba y aún no te veía venir, la idea de que pudiéramos perdernos el uno al otro una vez más me desgarraba por dentro. Pero, gracias a Dios, ahora ya estás aquí…

—Sí…, ahora ya estoy aquí —sonrió ella, y sus pupilas volvieron a brillar radiantes desde el profundo azul de sus ojos—. Ahora ya estoy aquí y estoy dispuesta. ¿Nos vamos?

—¡Sí, vámonos! —repitieron inconscientes sus labios, pero el cuerpo inmóvil no se movió ni un paso, su mirada la abrazaba tiernamente una y otra vez, sin poder creerse que su presencia fuera real.

Sobre ellos, a su derecha y a su izquierda, rechinaban las vías de la estación central de Fráncfort, el hierro y el cristal se estremecían, afilados silbidos cortaban el tumulto del hall lleno de humo, sobre veinte paneles destacaban los horarios de los trenes al minuto, mientras él, en medio de aquel torbellino de gente que pasaba a su lado en aluvión, no la veía más que a ella, como si fuese lo único que existiera, sustraído al tiempo, sustraído al espacio, en un curioso trance en el que la pasión embotaba sus sentidos. Al final, ella le tuvo que advertir.

—El tiempo apremia, Ludwig, todavía no tenemos billete.

Aquello fue lo que liberó su mirada cautiva; la tomó del brazo con tierna veneración.

Contra lo que era habitual, el expreso de la tarde para Heidelberg iba abarrotado. Se sintieron decepcionados, pues las perspectivas de estar los dos

solos gracias al billete de primera clase se desvanecían, así que, después de andar buscando en vano, se contentaron con un compartimiento donde no había más que un señor entrecano medio dormido, recostado en un rincón. Se las prometían muy felices pensando disfrutar de una conversación íntima, cuando, justo antes del silbato de partida, entraron jadeando en el compartimiento otros tres señores con gruesas carteras para llevar documentos, abogados evidentemente, y tan inquietos por el proceso que acababa de cerrarse que su estruendosa diatriba ahogó por completo la posibilidad de mantener cualquier otra conversación. Así que, resignados, se quedaron uno frente a otro sin aventurarse a decir ni una palabra. Sólo cuando uno levantaba la vista, veía, velada por la oscura nebulosa de la incierta sombra de las lámparas, la tierna mirada del otro que se dirigía hacia él con amor.

Con una leve sacudida, el tren se puso en movimiento. El chirrido de las ruedas desbarató la conversación de los abogados amortiguándola, dejándola en un simple rumor. Pero después del tirón y de la sacudida iniciales fue imponiéndose poco a poco un rítmico balanceo; el tren, como una cuna de hierro, mecía sus sueños. Y mientras abajo las ruedas traqueteantes corrían hacia un porvenir todavía invisible que reservaba a cada cual algo diferente, los pensamientos de los dos flotaron en sueños regresando al pasado.

Hacía más de nueve años que se habían visto por última vez. Separados desde entonces por una distancia insalvable, se sentían doblemente violentos al estar juntos de nuevo sin poder iniciar una conversación. ¡Dios mío, qué largos, qué vastos habían sido aquellos nueve años, cuatro mil días y cuatro mil noches, hasta ese día, hasta esa noche! ¡Cuánto tiempo, cuánto tiempo perdido! Y, sin embargo, en su mente destacaba un único recuerdo, un segundo antes de haberse conocido, el principio del principio. Pero ¿cómo había sido? Él lo recordaba perfectamente: llegó por primera vez a su casa con veintitrés años, mordiéndose los labios bajo el suave bozo de su joven barba. Después de desprenderse de una infancia marcada por la pobreza, había crecido en comedores gratuitos para estudiantes, abriéndose camino trabajosamente como profesor particular, dando clases extra, agriando su carácter a una edad muy temprana por la miseria y la falta de pan. Arañando unos céntimos para libros durante el día, continuando el estudio por la noche, rendido, tenso y con los nervios destrozados, había sido el primero en la carrera de química y, con una recomendación especial de su catedrático, había acudido al famoso secretario del consejo, el señor G., director de una gran fábrica en Fráncfort. Al principio le adjudicaron trabajos auxiliares en el laboratorio de la planta, pero pronto repararon en ese joven tenaz y responsable, que se aplicaba al trabajo con una intensidad y una fuerza que evidenciaban una voluntad dispuesta a luchar denodadamente por alcanzar su meta, lo que hizo que el secretario del consejo comenzara a interesarse por él de manera especial.

A modo de prueba, le fue encargando trabajos de mayor calado, y él, reconociendo la posibilidad de salir del submundo de la pobreza, los aceptaba ansioso. Cuanto más trabajo se le confiaba, mayor empeño ponía en demostrar su eficiencia: de esta manera, en poquísimo tiempo, nuestro «joven amigo», como al secretario del consejo le gustaba llamarlo amistosamente, pasó de ser un ayudante adocenado a colaborar en experimentos altamente reservados; pues, sin que él lo supiera, unos ojos lo observaban, a través de una falsa ventana, desde la oficina del jefe, examinándolo, comprobando su elevada cualificación, de modo que, mientras él, ciego en su ambición, creía estar ocupándose de las tareas cotidianas, su superior, casi siempre invisible, lo acompañaba pensando ya en un futuro brillante para él. Retenido con frecuencia en casa a consecuencia de una dolorosísima ciática, incluso postrado en cama la mayoría de las veces, hacía años que el empresario, que iba envejeciendo, andaba al acecho de un secretario privado, de la máxima confianza y con una acreditada capacidad intelectual, con el que poder discutir con la necesaria discreción las patentes más secretas y los ensayos realizados, y por fin le pareció haberlo encontrado. Un día, el secretario del consejo sorprendió al joven con la inesperada propuesta: le preguntó si no querría, para poder tenerlo más a mano, dejar el cuarto amueblado que ocupaba en la periferia de la ciudad y trasladarse a su amplia residencia en calidad de secretario privado. El joven se quedó sorprendido ante una propuesta tan insólita, pero mayor aún fue el asombro del secretario del consejo cuando el joven, después de tomarse un día para reflexionar, rechazó tajantemente esta honrosa proposición, ocultando con bastante torpeza la cruda negativa con pretextos muy poco consistentes. Eminente en su ciencia, el secretario del consejo no era tan ducho en las cuestiones del alma como para adivinar el verdadero motivo de un rechazo que, tal vez, ni siquiera el interesado se confesaba a sí mismo, entrando al fondo de sus sentimientos, pues no se trataba más que de orgullo, un compulsivo intento de ocultar su pundonor herido por una infancia que había transcurrido en la más amarga pobreza. Habiendo trabajado desde su juventud como profesor particular en las insultantes casas de los nuevos ricos, de los advenedizos; un ser ambiguo, sin nombre, entre criados y residentes, presente y a la vez ausente, un objeto decorativo como las magnolias que uno coloca o retira de la mesa según la necesidad, su alma rebosaba odio contra quienes pertenecían a la clase alta y contra todo lo que se movía en su esfera: los muebles pesados, macizos; las habitaciones llenas, exuberantes; las comidas copiosas, desmedidas; toda aquella riqueza de la que él formaba parte como un elemento al que simplemente se tolera. Todo lo que había vivido allí: las ofensas de los niños malcriados y la compasión, más ofensiva aún, de la señora de la casa cuando, a final de mes, deslizaba en su mano un par de billetes; las miradas irónicas y burlonas de las doncellas, siempre terribles con los sirvientes que, recién

llegados con su tosca maleta de madera, iban, sin embargo, a estar por encima de ellas; y el tener que colocar en un baúl prestado el único traje que tenía junto con la ropa descolorida, más que remendada: infalibles símbolos de su pobreza. No, nunca más, se lo había jurado a sí mismo, nunca más volvería a vivir en una casa extraña, nunca más volvería a compartir espacio con los ricos antes de ser uno de ellos, nunca más haría patente su pobreza ni permitiría que lo hirieran otros, ofreciéndole viles obsequios. Nunca más, nunca más. Es cierto que ahora, de cara afuera, cubría su humilde puesto en la oficina con su título de doctor —un abrigo barato pero impenetrable—, mientras que su rendimiento hacía lo propio con la herida ulcerante de su juventud envilecida, llagada de estrecheces y limosnas: no, no quería vender por dinero esa mínima porción de libertad, la opacidad de su vida, y por eso rechazó la honrosa invitación, a riesgo de echar a perder su carrera, esgrimiendo absurdos pretextos.

Pero, pronto, circunstancias imprevistas no le dejaron otra elección. La dolencia del secretario del consejo empeoró tanto que éste se vio obligado a guardar cama largo tiempo, y a abstenerse incluso de cualquier comunicación telefónica con su oficina. Así que contar con un secretario privado se convirtió en una necesidad inaplazable y, al final, el joven ya no pudo sustraerse a las reiteradas y apremiantes invitaciones de su protector si no quería acabar perdiendo su puesto. Este cambio de domicilio, ¡bien lo sabía Dios!, fue un paso difícil para él: todavía se acordaba perfectamente del día en que tocó por primera vez el timbre de aquella distinguida villa, un poco antigua, situada en la Bockenheimer Landstrasse. Justo la tarde anterior se había comprado a toda prisa, con sus exiguos ahorros —su anciana madre y dos hermanas que vivían en su ciudad natal en una remota provincia consumían su parco sueldo—, ropa para estrenar: un traje negro pasable y zapatos nuevos para no dejar ver demasiado a las claras las privaciones que soportaba. Además, en esta ocasión, pagó a un criado para que llevara previamente aquel feo baúl que tanto odiaba a causa de tantos recuerdos, y en el que guardaba sus pertenencias. Sin embargo, una desazón indefinible le subió por la garganta cuando un sirviente con guantes blancos le abrió con toda formalidad y, ya en el mismo vestíbulo, le salieron al encuentro los pingües y untuosos efluvios de la riqueza que allí se amasaba. Allí le esperaban gruesas alfombras que absorbían blandamente el ruido de sus pasos; tapices gobelinos, colgados en las paredes de la antesala, que invitaban a alzar la mirada ceremoniosamente; había puertas talladas con pesados picaportes de bronce que evidentemente no estaban destinados a que uno los tocara con sus propias manos, sino a que los abriera un servil mayordomo con la espalda encorvada: todo aquello pesaba, aturdiéndole y repugnándole a la vez, sobre su tenaz amargura. Y luego, cuando el sirviente lo condujo hasta aquella habitación extraña, con tres ventanas, destinada a ser su vivienda permanente, primó la sensación de no pertenecer a aquel lugar, de

ser un intruso: él, que hasta ayer mismo ocupaba una pequeña habitación expuesta a las corrientes de aire de un cuarto piso en la parte trasera de una casa, con una cama de madera y una escudilla de hojalata para lavarse, estaba allí, donde cada utensilio se afirmaba con exuberante descaro, consciente de su valor monetario, mirándolo burlón, limitándose a tolerarlo, y tenía que encontrarse en este ambiente como en su casa. Lo que había traído consigo, su propia persona vestida con aquella ropa, se encogía lastimosamente en esa estancia amplia, radiante, atravesada por la luz. Su única chaqueta se bamboleaba ridículamente, como un ahorcado, en el amplio, espacioso, armario ropero; las pocas cosas que utilizaba para lavarse, sus sufridos útiles para el afeitado, yacían como desechos o como un apero olvidado por un capataz sobre el amplio lavabo del tocador de mármol; espontáneamente tapó el tosco baúl de madera rígida con un cubrecama, envidiándolo por poder meterse debajo de algo y ocultarse, mientras que él permanecía de pie en la estancia cerrada como un ladrón sorprendido in fraganti. En vano intentó insuflarse ánimos, sobreponerse a la vergüenza y a la irritación de sentirse una nulidad, diciéndose que, en el fondo, era a él a quien habían requerido, al que habían solicitado. Pero la oronda figura que conformaban las cosas que tenía a su alrededor sofocaba todos sus argumentos; volvía a sentirse pequeño, doblegado y vencido bajo el peso de aquel mundo presuntuoso y opulento fundado sobre el dinero; era un sirviente, un mozo, un parásito lameplatos, mobiliario humano que se puede comprar y alquilar, al que le han hurtado su propio ser. Y cuando el sirviente tocó levemente la puerta con los nudillos para anunciar con gesto helado y ademán impasible que la noble señora llamaba al señor doctor, sintió que, por primera vez desde hacía años, iba encogiéndose a medida que recorría perplejo las sucesivas habitaciones, y sus hombros se inclinaban adelantándose a una servil reverencia; sintió que, al cabo de los años, brotaba en él la confusión y la inseguridad de cuando era muchacho.

Pero en cuanto se encontró ante ella por primera vez, esta comezón interior se desvaneció apaciblemente: antes incluso de que su mirada tanteara el rostro de la interlocutora y abarcara su figura, alzándose después de haber hecho la reverencia, las palabras de ella le salieron al encuentro irresistibles. Y la primera palabra fue «gracias», pronunciada con tales franqueza y naturalidad que despejó los enojosos nubarrones que se habían cernido a su alrededor, tocando inmediatamente sus sentidos, invitándole a escuchar con atención.

—Le agradezco mucho, señor doctor —dijo cordialmente al tiempo que le ofrecía la mano—, que haya aceptado por fin la invitación de mi marido. Espero tener pronto la ocasión de demostrarle lo agradecida que estoy. Puede que no le haya resultado fácil: uno no renuncia con gusto a su libertad, pero tal vez le ayude saber que hay dos personas que tienen una inmensa deuda con usted. Lo que esté en mi mano hacer para lograr que se sienta por completo en su casa se hará de corazón.

Escuchó profundamente sorprendido. ¿Cómo sabía ella que había vendido su libertad a regañadientes, cómo es que, con sus primeras palabras, ponía de pronto el dedo en la llaga, donde más le escocía, en lo más sensible de su ser, iba directa al punto donde palpitaba su miedo a perder la independencia y convertirse en alguien al que simplemente se tolera, al que se ha alquilado, que se tiene a sueldo? ¿Cómo había logrado que todo aquello se borrara automáticamente de su ser con un solo gesto? Sin querer, levantó la vista hacia ella para mirarla, y fue entonces cuando descubrió unos ojos cálidos, afectuosos, que esperaban confiados a los suyos.

Tal vez hubiera algo balsámico, tranquilizador en aquel rostro que infundía una venturosa seguridad en uno mismo; su frente pura, que todavía conservaba una juvenil tersura, irradiaba claridad; casi parecía prematuro que peinase su cabello con aquella seria raya de matrona, un cabello de capas oscuras, ondulado, con amplios bucles, mientras que, a partir del cuello, un vestido igualmente oscuro ceñía sus amplios hombros, lo que hacía que su rostro resultara todavía más claro en su apacible luminosidad. Tenía el aspecto de una Virgen burguesa, un poco monjil por el vestido alto y cerrado. La bondad daba a cada uno de sus movimientos un aura maternal. Luego se acercó un paso más con gracilidad, para recibir sonriente las palabras de gratitud que salieron vacilantes de los labios de él.

—Pero lo primero es lo primero, ahora querría suplicarle algo. Sé que convivir con otras personas a las que no se conoce desde hace tiempo es siempre un problema cuya única solución es ser sinceros. Así que le suplico que, si se siente agobiado por cualquier motivo, si se siente cohibido por alguna de nuestras costumbres o por cierta forma de hacer las cosas, se dirija a mí con total libertad. Es usted el ayudante de mi marido, yo soy su mujer, este doble deber nos vincula a ambos, de modo que seamos sinceros uno con otro.

Él tomó su mano: el pacto estaba cerrado.

Y desde aquel instante se sintió unido a la casa: las preciosas estancias ya no le resultaban hostiles ni opresivas, al contrario, empezó a percibirlas de inmediato como un marco necesario de distinción que ofrecía una barrera frente al mundo exterior contradictorio, confuso y discorde, amortiguándolo con su armonía. Poco a poco fue reconociendo que, de alguna manera, un selecto sentido artístico subsumía aquel lujo en un orden superior, introduciendo espontáneamente aquel ritmo relajado en la existencia, en su propia vida, incluso en sus palabras. Se sentía extraordinariamente tranquilo: todos los sentimientos violentos, encendidos y apasionados perdieron su maldad, su encono; era como si las gruesas alfombras, las paredes revestidas, los coloridos cortinajes absorbieran misteriosamente la luz y el ruido de la calle, y, al mismo tiempo, sintió que el orden en que se mecía no estaba suspendido en el vacío, sino que entroncaba con la presencia de aquella mujer

callada y envuelta siempre en una bondadosa sonrisa.

Y la magia que sintió en aquellos primeros minutos se convirtió en una gracia natural en las semanas y meses siguientes: con discreción y tacto, esa mujer le atraía poco a poco, sin que él la sintiese ejercer presión alguna, al círculo íntimo de la vida doméstica. Acogido, pero no vigilado, era objeto de amables atenciones en todos los sentidos: sus menores deseos se cumplían apenas los insinuaba, como si fuera cosa de duendes, con tanta discreción que hacía innecesario dar las gracias de una manera especial. Si una tarde, hojeando una carpeta de valiosos grabados, había mostrado una inmensa admiración por uno de ellos, del puño de Rembrandt, dos días más tarde encontraba la reproducción ya enmarcada colgada sobre su escritorio. Si había hecho mención a un libro recomendado por un amigo, días después lo encontraba por casualidad en la estantería de la biblioteca. Sin darse cuenta, la habitación iba adaptándose a sus gustos y hábitos. La mayoría de las veces no notaba absolutamente nada al principio, no caía en el detalle que había cambiado, sólo que se había vuelto más acogedora, más colorida y cálida, hasta que al final se daba cuenta de que aquella colcha oriental bordada que había admirado una vez en un escaparate cubría la otomana o que ahora la lámpara era más luminosa gracias a una pantalla de seda de color frambuesa. Aquella atmósfera le agradaba cada vez más: abandonaba de mala gana la casa en la que había encontrado un entrañable amigo en el hijo de la pareja, que tenía once años, y disfrutaba mucho acompañándolo a él y a su madre al teatro o a conciertos; sin darse cuenta, toda su actividad fuera de las horas de trabajo estaba envuelta en la suave luz de luna que irradiaba la apacible presencia de ella.

Había amado a aquella mujer desde su primer encuentro, pero, a pesar de la irresistible pasión que dominaba sus sentimientos, filtrándose en sus sueños, le faltaba algo decisivo que conmoviera su ser: tomar conciencia de que, al margen de excusas, lo que se empeñaba en ocultarse a sí mismo bajo el nombre de admiración, respeto o afecto, hacía tiempo que se había convertido en puro amor, un amor obsesivo, desatado, ardiente. Sin embargo, en su interior, todavía se veía como un sirviente, y ello oscurecía sus sentimientos, reprimiéndolos: esa mujer deslumbrante, que irradiaba una madurez celestial, resguardada en su riqueza, le parecía tan lejana, tan alta, tan diferente a todas las que había conocido hasta entonces, que le hubiera resultado una blasfemia considerarla sometida al sexo y a la misma ley de la sangre que regía para las pocas mujeres que las estrecheces de su juventud le habían permitido disfrutar, las doncellas de las casas donde trabajó como preceptor y que le habían abierto su puerta por la curiosidad de comprobar si él, que había estudiado, hacía una cosa diferente que el cochero, que el mozo; o bien las modistillas que se había encontrado en la penumbra de las farolas de camino a casa. No, eso era otra cosa. Brillaba desde otra esfera, carente de concupiscencia, pura e

intangible; ni en el más apasionado de sus sueños se atrevía a desnudarla. Confuso como un muchacho, pendía suspendido del aroma de su presencia, disfrutando cada movimiento como si fuera música, satisfecho de su confianza y con el constante temor de revelar el exacerbado sentimiento que le movía, sentimiento que todavía carecía de nombre, aunque ya hacía tiempo que se había consolidado y traspasaba con su fuego cualquier disfraz.

Pero el amor sólo se confirma de verdad como tal cuando deja de revolverse dolorosamente en el interior de uno, oscuro como un embrión, y es nombrado con los labios y el aliento, cuando se atreve a confesar su existencia. Aunque el sentimiento se obstine en perseverar como crisálida, siempre llega el momento en que el vago capullo eclosiona de repente y se precipita con el doble de violencia desde la altura hasta lo más hondo del corazón sobresaltado. Esto es lo que sucedió, bastante tarde, el segundo año que vivía en la casa como uno más.

El secretario del consejo le llamó un domingo a su despacho. El hecho de que no le dedicara más que un fugaz saludo antes de cerrar la puerta falsa, algo totalmente inhabitual, y que además diera instrucciones a través del interfono para que nadie los molestase, era un significativo presagio de que iba a notificarle algo especial. El viejo caballero le ofreció un cigarro, y encendió el suyo ceremoniosamente, como si quisiera ganar tiempo antes de comenzar un discurso que —era evidente— tenía perfectamente pensado. Al principio se refirió uno por uno a los muchos servicios que le tenía que agradecer. En ese aspecto, había superado su confianza y su generosa entrega; jamás había tenido que lamentar, ni siquiera en los negocios más delicados, el haber creído en alguien que había tratado tan poco. Ahora bien, el día anterior habían llegado importantes noticias de sus empresas de ultramar que no dudaba en confiarle: el nuevo procedimiento químico del que estaba al corriente exigía grandes cantidades de cierto mineral y un telegrama le había anunciado que precisamente entonces se acababan de encontrar grandes yacimientos en México. Ahora lo principal era la rapidez, presentarse cuanto antes para asumir su gerencia, organizar en el acto su explotación y aprovechamiento, antes de que las multinacionales americanas se hicieran con esta oportunidad. Para ello se necesitaba un hombre en quien poder confiar y que además fuese joven y enérgico. Para él, personalmente, sería un duro golpe tener que prescindir en ese momento de un colaborador de confianza, y tan leal; sin embargo, había considerado que era su deber proponerlo como candidato al consejo de administración por ser el más capaz, el único apto. En su fuero interno se consolaba con la certeza de poder asegurarle un espléndido futuro. En dos años no sólo podría reunir una pequeña fortuna gracias a las generosas retribuciones, sino que además, a su regreso, le reservaría un puesto directivo en la empresa.

—Por lo demás —dijo por fin el secretario del consejo abriendo la mano y dándole la enhorabuena—, tengo el presentimiento de que un día volverá para sentarse aquí, en mi silla, y llevará a término lo que yo, que ya soy un hombre mayor, empecé hace tres décadas.

Un encargo semejante, que de pronto le caía del cielo alegremente, ¿cómo no iba a confundir a una persona ambiciosa como él? Allí estaba por fin la puerta abierta, dinamitada por una explosión, que le habría de sacar del submundo de la pobreza, de la vida sin lustre del servir y el obedecer, de las perpetuas reverencias de quien está obligado a pensar y comportarse con humildad. Se quedó mirando absorto y ansioso a los papeles y al telegrama donde unos signos jeroglíficos iban perfilando poco a poco el incierto y colosal contorno de un grandioso plan. De repente, una cascada de cifras cayó con estrépito sobre él: miles, cientos de miles, millones que habría que administrar, contabilizar, ganar; una atmósfera ardiente donde se respiraba un poder absoluto, en la que se alzaba inesperadamente, embotado y con el corazón palpitante, como en un globo de ensueño, apartándose de la tosca y servil esfera de su existencia. Y además no sólo estaba el dinero, no sólo era el negocio, la empresa, el juego y la responsabilidad…, no, un atractivo sin igual le tentaba seductoramente. Allí había estructuras, creatividad, una tarea elevada, una fecunda vocación, montañas donde desde hacía miles de años dormía olvidado el mineral, esparciendo un débil resplandor bajo la piel de la tierra, esperando que lo extrajeran, el placer de perforar galerías, crear y ver crecer las ciudades con sus casas, con sus calles brotando del terreno a toda velocidad, máquinas que minan y grúas que giran en círculo. Detrás de la desnuda maraña de cálculos, empezaba a florecer tropicalmente un nuevo pedazo de mundo tocado por el hombre con imágenes fantásticas y, sin embargo, plásticas: fincas, granjas, fábricas, almacenes que tendría que colocar en medio de la nada, organizando y ordenándolo todo.

El aire del mar, macerado por la embriaguez de la distancia, penetró de repente en la pequeña habitación acolchada; las cifras ascendían hasta alcanzar una suma fantástica. Inflamado por el entusiasmo, arrebatado por un delirio que imprimía a cualquier decisión el encanto fascinante de un vuelo, cerraron a grandes rasgos los aspectos generales y también llegaron a un acuerdo sobre las cuestiones puramente prácticas. De repente, escuchó chasquear un cheque que fue a parar a su mano, se trataba de una cantidad inusitada para cubrir los gastos del viaje, y, reiterando sus mejores deseos, fijaron su partida en el próximo vapor de la Línea del Sur, al cabo de diez días. Acalorado todavía por el torbellino de cifras, tambaleándose por el remolino de posibilidades que se le presentaban, había salido por la puerta del despacho con la mirada perdida, errante. Se detuvo un segundo a pensar si aquella entrevista no habría sido más que una alucinación de su deseo sobreexcitado. Había alzado el vuelo que lo elevaría desde las profundidades hasta la deslumbrante esfera de la plenitud:

su sangre todavía bullía por el impetuoso ascenso; por un instante tuvo que cerrar los ojos, igual que cuando uno respira hondo sólo para sentirse más completo, para disfrutar más intensamente, más particularmente de su yo interior. No fue más que un minuto, pero cuando levantó la mirada de nuevo, ya más o menos restablecido, sus ojos fueron tanteando la conocida antesala hasta dar por casualidad con un cuadro que colgaba sobre el gran arcón: el retrato de ella. Cerrando dulcemente los labios en los que se formaba una tranquila ensenada, lo miraba sonriente y reflexiva a un tiempo, como si hubiera comprendido cada palabra que se decía en su interior. Y entonces, en aquel instante, atravesó de pronto por su mente, como si fuera un relámpago, un pensamiento completamente olvidado: que aceptar aquel puesto también significaba abandonar esa casa. ¡Dios mío, abandonarla a ella! Aquello rasgó como un cuchillo la vela de su alegría orgullosamente hinchada. Y, en ese instante de descontrol, en medio de su sorpresa, el armazón que había ido levantando artificialmente a propósito de su traslado se desplomó sobre su corazón, el músculo cardiaco se estremeció repentinamente y sintió un dolor mortal, casi desgarrador, ante la idea de prescindir de ella. ¡Ella, Dios mío, dejarla a ella! ¿Cómo había podido pensar siquiera en separarse de ella, como si él todavía se perteneciera a sí mismo, como si no estuviera cautivo de su existencia con todas las ataduras y raíces del sentimiento? Un dolor violento, elemental, le hizo estremecerse, un golpe que le atravesó el cuerpo entero desde la frente hasta el fundamento del corazón, un desgarrón que lo iluminaba todo, como un relámpago sobre el cielo nocturno: ahora, bajo aquella luz deslumbrante, era vano no reconocer que en cada nervio, en cada fibra de su interior florecía el amor por ella, su amada. Y en cuanto articuló sin voz aquella palabra mágica, un número infinito de pequeñas asociaciones y recuerdos se precipitaron sobre él, atravesando su conciencia, iluminando despiadadamente, a una velocidad que sólo el horror extremo puede imprimir, sus sentimientos, detalles que, hasta entonces, nunca se había atrevido a admitir o a interpretar. Y fue entonces cuando comprendió que hacía meses que estaba completamente rendido a ella.

¿No había sido esa misma Semana Santa, en la que ella se había marchado tres días con sus parientes, cuando había estado andando a ciegas de habitación en habitación como si estuviera perdido, incapaz de leer un libro, alterado sin saber por qué…? Y luego, la noche en que regresaba, ¿no había estado esperando hasta la una de la madrugada para oír sus pasos? ¿No había escudriñado las escaleras en innumerables ocasiones, nervioso, impaciente, adelantándose a la llegada del coche? Se acordó del helado escalofrío que le subía desde los dedos hasta la nuca cuando casualmente su mano acariciaba la de ella en el teatro; se estremecía con cientos de esos pequeños recuerdos apenas conscientes, aquellas fruslerías sentimentales se precipitaban en su sangre, rugiendo como si hubieran hecho saltar las esclusas de su conciencia,

yendo a parar directamente a su corazón. Tuvo que apretar la mano contra el pecho, que le palpitaba con fuerza, aunque ya no servía de nada, ya no podía eludir por más tiempo la realidad que su instinto tímido y respetuoso había oscurecido hurtándola a la luz con todo tipo de cautelas: ya no podía vivir sin la presencia de ella. Dos años, dos meses, dos semanas simplemente, sin aquella suave luz sobre su camino, sin contar con sus amenas conversaciones todas las tardes… No, no, no lo podría soportar. Y lo que hacía sólo diez minutos le había llenado de orgullo, su misión en México, el ascenso, el poder creador, se había contraído, había estallado como una radiante pompa de jabón, y ya sólo quedaba la distancia, la ausencia, el cautiverio, el destierro, el exilio, la aniquilación, una separación a la que no se podía sobrevivir. No, no era posible… Ya iba a poner su mano temblorosa sobre el picaporte para volver a entrar en la habitación y comunicarle al secretario del consejo que renunciaba, que no se sentía digno del cargo y que prefería quedarse en la casa, cuando surgió el miedo, aconsejándole que no lo hiciera, que no revelara prematuramente un secreto que acababa de descubrirse a sí mismo. Y, agotado, dejó caer su mano febril apartándola del frío metal.

Volvió a levantar la vista hacia el cuadro: los ojos parecían observarle con una mirada cada vez más profunda, pero ya no encontró la sonrisa en su boca. ¿No lo miraba seria, casi triste desde el cuadro, como si intentara decir: «Has querido olvidarme»? No soportaba esa mirada pintada y, sin embargo, viva; entró tambaleándose en su habitación y se hundió en la cama con un sentimiento de pavor extraordinario, a punto de desmayarse y, sin embargo, traspasado por una misteriosa dulzura. Se puso a recordar ansioso todo lo pasado, lo que había vivido en esa casa desde el primer momento, y todo, incluso el detalle más insignificante, cobraba peso y se veía con otra luz: en su interior, todo se iluminaba con el resplandor del reconocimiento, todo era ligero y se elevaba flotando con el aire caliente de la pasión. Se acordó de todas las atenciones que había recibido de ella. Todavía quedaban sus huellas alrededor; recorrió con la mirada las cosas que su mano había tocado y cada una conservaba parte de su beatífica presencia: ella estaba allí, en aquellas cosas, sentía que su afecto perduraba en ellas. La certeza de las atenciones que le había prodigado se apoderó de sus sentimientos; sin embargo, por debajo de esta corriente, en lo más profundo de su ser, todavía había algo escabroso que se resistía como una piedra, algo que había que elevar, algo que debía apartarse para que su amor se pudiera derramar con completa libertad. Con mucha cautela, se acercó a tientas a ese terreno oscuro en lo más bajo de su sentimiento; ya sabía de qué se trataba y, sin embargo, no se atrevía a poner la mano sobre ello. No obstante, la corriente lo arrastraba dejándole una y otra vez en el mismo punto, ante una sola pregunta: ¿había verdadero afecto —ya no se atrevía a decir amor— en todas esas pequeñas atenciones? ¿Había delicadeza, ternura —aun carente de pasión— en su voluntad de cuidarlo y

velar por él? Esta pregunta lo traspasaba sordamente; las negras, pesadas olas de su sangre se la susurraban una y otra vez, sin arrastrarla en su resaca.

«¡Si por lo menos pudiera recordar con claridad!», recapacitó; pero sus pensamientos, demasiado apasionados, se mezclaban confusos con sus sueños, sus deseos, y aquel dolor que se agitaba en lo más hondo de su ser. Así se quedó sobre la cama, insensible, abstraído, desconcertado por aquella amalgama de sensaciones, tal vez una hora o dos, hasta que, de repente, una tierna llamada a la puerta lo sobresaltó, unos nudillos cuidadosos, finos, que creyó reconocer. Se levantó de un salto y se precipitó hacia allí. Ella estaba de pie ante él, sonriente.

—Pero, doctor, ¿cómo es que no viene usted? Ya han llamado dos veces a la mesa.

Lo había dicho casi con regocijo, como si le hiciera gracia pillarlo en un descuido; pero en cuanto vio su rostro, el pelo húmedo y desmadejado, los ojos escondidos, confusos y tímidos, palideció.

»Por amor de Dios, ¿qué es lo que le ha ocurrido? —balbuceó, y el tono de su voz, en el que giraba el temor, no dejó de complacer al joven.

—Nada, nada —dijo forzándose a recuperar la compostura a toda prisa—, me he quedado pensando y se me ha ido el santo al cielo. Todo este asunto ha venido demasiado rápido.

—¿A qué se refiere? ¿Qué asunto? Pero ¡venga, hable usted!

—¿Es que no sabe usted nada? ¿No se lo ha comunicado el señor secretario del consejo?

—¡No sé nada de nada! —le apremió ella impaciente, casi enloquecida por su mirada huidiza, febril, inquieta—. ¿Qué ha ocurrido? ¡Venga, dígamelo!

Entonces, él tensó todos sus músculos para contemplarla con serenidad y sin ruborizarse.

—El señor secretario del consejo ha tenido la bondad de encomendarme una tarea elevada y de responsabilidad, y yo la he aceptado. Dentro de diez días parto para México… por dos años.

—¡Dos años! ¡Por amor de Dios! —dijo con un terror que le salía de dentro, ardiente, como un tiro, más un grito que una palabra.

Y, sin darse cuenta, se cubrió con las manos.

Fue inútil que al instante siguiente se esforzara en negar el sentimiento que había exteriorizado; antes de que se diera cuenta de cómo había sucedido, él ya tenía sus manos, crispadas por un miedo cerval, entre las suyas, sus trémulos cuerpos estallaron en llamas y con un interminable beso bebieron

hasta saciar la sed y el deseo inconfesado de incontables días y horas.

Ni él la había atraído a sí, ni ella a él; habían ido uno al otro, como arrebatados por una tempestad, uno con otro, uno en otro, precipitándose inconscientes en un abismo insondable, sintiendo al hacerlo una dulce y ardiente impotencia… Aquel sentimiento tanto tiempo contenido se descargó en un solo segundo, inducido por el imán de la casualidad. Y muy lentamente, sólo cuando las grapas que aseguraban sus labios se soltaron, dudando todavía si aquello era verdad, la miró a los ojos, iluminados con una luz extraña en la tierna oscuridad. Fue entonces cuando reconoció de golpe que esa mujer, su amada, hacía tiempo, semanas, meses, años, que lo amaba tiernamente, sin decir nada, con un fuego maternal, mucho antes de que llegase aquella hora. Se sentía embriagado por aquel increíble descubrimiento: él, él, amado y amado por ella, la inaccesible… Un cielo infinito y transido de luz, el radiante mediodía de su vida, se alzó por un segundo, para, al momento siguiente, caer convertido en cristales, pues esta revelación era, a la vez, una despedida.

Los diez días que quedaban hasta su partida los pasaron ambos en un delirante frenesí que parecía no tener fin. La repentina explosión de su sentimiento formalmente declarado había hecho saltar con la colosal violencia de su presión todas las presas y frenos, todas las formalidades y cautelas. Como animales, calientes y ávidos, caían uno sobre otro cuando se encontraban en un pasillo oscuro, detrás de una puerta, en un rincón, entre dos minutos robados; la mano quería sentir a la mano, el labio al labio, la sangre inquieta sentir a su hermana, todo buscaba febrilmente a todo, cada nervio ardía por gozar la sensualidad de un pie, de una mano, de un vestido, de cualquier parte viva de sus cuerpos anhelantes. Al mismo tiempo, tenían que dominarse en la casa, ella ocultando ante su marido, su hijo, sus sirvientes, las ternuras que hacían saltar chispas, y él para estar intelectualmente a la altura de los cálculos, informes y contabilidades de los que era responsable. Siempre trataban de aprovechar unos segundos, segundos trémulos, furtivos, con el riesgo de ser descubiertos; sólo podían acercarse el uno al otro fugazmente, con las manos, con los labios, con miradas, con un beso ganado afanosamente, embriagados por la vaporosa, sensual y abrasadora presencia del otro. Pero nunca era suficiente, ambos sentían que nunca les bastaba. Se escribían tórridas notas, deslizaban en la mano del otro cartas ardientes, desesperadas, como si fueran escolares; ella se las encontraba por la noche, arrugadas bajo los insomnes almohadones; él, en el bolsillo de su abrigo, y todas acababan en un grito de angustia, en una desdichada pregunta: ¿cómo soportar un mar, un mundo, innumerables meses, innumerables semanas, dos años separando sangre y sangre, mirada y mirada? No pensaban en otra cosa, no soñaban otra cosa, y ninguno de ellos sabía la respuesta, pero las manos, los ojos, los labios, siervos ignorantes de su pasión, saltaban una y otra vez, anhelando entrelazarse, unirse íntimamente, y por eso los fugaces instantes en que se

cogían y se abrazaban temblorosos tras las puertas entornadas, esos tímidos instantes rebosaban gozo y ansiedad a un tiempo.

Pero, aunque lo anhelase, él nunca había disfrutado de la plena posesión de aquel cuerpo amado que se bamboleaba apasionadamente, como un árbol, debajo del insensible vestido que lo ceñía. Aunque la sintiera apretarse contra él desnuda y cálida, nunca había llegado a estar verdaderamente cerca de ella en aquella casa más que luminosa, siempre despierta, con personas que acechaban por todas partes. Pero el último día, cuando ella entró en su habitación ya recogida con el pretexto de ayudarle a hacer el equipaje, aunque en realidad fuera para despedirse por última vez, se sintió arrebatada por el deseo y, tambaleándose bajo el ímpetu de él, se precipitó sobre la otomana, donde cayó de espaldas. Sin embargo, cuando sus besos ya cubrían ardientemente el pecho desbocado y recorrían ávidos la blanca piel que se abrasaba bajo el vestido abierto violentamente hasta llegar al punto donde su corazón latía gimiendo por él, entonces, en esos momentos de abandono, cuando ya casi era suya después de haberle rendido su cuerpo, entonces, en medio de aquel arrebato…, balbuceó suplicándole por última vez:

—¡Ahora no! ¡Aquí no! Te lo ruego.

Y tan obediente, tan sometida seguía estando su voluntad e incluso su sangre al respeto que sentía hacia quien durante tanto tiempo había adorado como a una santa, que, una vez más, contuvo sus sentidos, que ya se derramaban como un torrente, y se retiró, mientras ella se ponía en pie tambaleándose y ocultando su rostro. Él también se quedó temblando y en lucha consigo mismo, dándole la espalda, mostrando su tristeza y su decepción tan claramente que le hizo sentir lo que sufría por aquel cruel despecho. Cuando volvió a ser dueña de sus sentimientos, se acercó y lo consoló en voz baja:

—¡No podía hacerlo aquí, en mi casa, en su casa! Pero cuando vuelvas, siempre que tú quieras.

El tren se detuvo con un chirrido, chillando bajo la tenaza de los frenos bloqueados. Como un perro que se despierta bajo el látigo, su mirada emergió de aquel ensueño, pero —¡dichoso despertar!— vio que ella, su amada, de la que tanto tiempo había estado alejado, seguía sentada allí, muy quieta, tan cerca que podía sentir su aliento. El ala del sombrero proyectaba una sombra sobre su rostro echado hacia atrás, pero como si hubiera comprendido inconscientemente que suspiraba deseando verlo, se incorporó y le salió al encuentro con una blanda sonrisa.

—Darmstadt —dijo ella echando un vistazo afuera—, queda una estación.

Él no respondió. Estaba sentado y simplemente la miraba. «El tiempo no

ha podido con nosotros —pensó para sus adentros— no ha podido nada contra nuestro sentimiento: nueve años desde entonces y ni siquiera el tono de su voz ha cambiado, ni un solo nervio de mi cuerpo la escucha de forma distinta. Nada se ha perdido, nada ha pasado, su presencia me llena, como entonces, de una suave dicha».

Levantó su apasionada mirada hacia la boca de ella, que sonreía serena y que apenas si podía recordar haber besado alguna vez, y miró sus manos resplandecientes, reposando relajadas sobre su seno: se habría inclinado con infinito gusto para acariciarlas con sus labios o las habría recogido entre las suyas, un segundo nada más, ¡un segundo! Pero los parlanchines caballeros del compartimiento ya empezaban a fijarse en él con curiosidad y, para ocultar su secreto, se recostó de nuevo sin decir nada. Así volvieron a estar uno frente a otro sin intercambiar señas ni palabras; sólo sus miradas se besaban.

Fuera se oyó un estridente toque de silbato, el tren echó a rodar de nuevo y su oscilante monotonía lo meció como si fuera una cuna de acero, devolviéndolo a sus recuerdos. ¡Oh, qué oscuros e interminables fueron los años que habían pasado desde entonces y hasta ese día, un mar gris entre una y otra orilla, entre corazón y corazón! Pero ¿cómo había sido? En alguna parte guardaba un recuerdo que no quería evocar, ni siquiera rozar: su última despedida, aquel momento en el andén de aquella misma estación donde, con el corazón exultante, había estado esperándola. No, fuera con eso, era el pasado, no volvería a pensar en ello, era demasiado terrible. Pero sus pensamientos se remontaron más allá, volaron más lejos; otro paisaje, un tiempo de ensueño se abría ante él, arrancándolo del ritmo chirriante y veloz de las ruedas. Aquel día se había ido a México con el alma destrozada, y los primeros meses, las primeras semanas antes de recibir noticias de ella fueron espantosos, no pudo soportarlos más que metiéndose a presión en el cerebro cifras y proyectos, agotando su cuerpo con cabalgadas y expediciones por todo el territorio, con negociaciones e indagaciones interminables, que, sin embargo, llevaba resueltamente hasta el final. Desde la mañana hasta la noche se enclaustraba en el gabinete de trabajo que tenía en la empresa machacando cifras, hablando, escribiendo, trabajando sin pausa, sólo para oír cómo una voz en su interior gritaba angustiosamente un nombre, el nombre de ella. Se aturdía con el trabajo como otros con el alcohol o con las drogas, sólo para sofocar esos sentimientos que eran más fuertes que él. Sin embargo, todas las tardes, por muy cansado que estuviera, se sentaba para registrar hoja a hoja, hora tras hora, todo lo que había hecho durante el día, y con cada correo enviaba pilas enteras de cuartillas escritas con pulso tembloroso a una dirección encubierta pactada de antemano, para que, aun en la distancia, su amada pudiera participar de su vida como ocurría cuando estaba en la casa, hora a hora, y él pudiera intuir su dulce mirada velando sobre su tarea diaria, por encima de miles de millas marinas, de colinas y horizontes. Y las cartas

que recibía se lo agradecían. Una escritura recta y palabras serenas que revelaban una pasión contenida: hablaban sosegadamente, sin quejarse, del paso de los días, y era como si sintiera sus firmes ojos azules fijos en él, sólo le faltaba la sonrisa, aquella sonrisa que lo apaciguaba, que quitaba gravedad a su porte serio. Esas cartas se habían convertido en la comida y la bebida de aquel solitario. Se las llevaba consigo amorosamente cuando salía de viaje por las estepas y montañas, había hecho coser en la silla de montar unos bolsillos especiales para ello, que estaban protegidos contra los repentinos aguaceros y la humedad de los ríos que tenían que cruzar en sus expediciones. Tantas veces las había leído que se las sabía de memoria, palabra por palabra; tantas veces las había doblado que los pliegues se habían vuelto transparentes y algunas palabras aparecían borradas por los besos y las lágrimas. Más de una vez, cuando estaba solo y sabía que no había nadie alrededor, se las leyó en voz alta, pronunciando una palabra tras otra con la misma cadencia de su voz, para conjurar así, mágicamente, a su amada ausente, en la distancia. Más de una vez se levantó de improviso en medio de la noche, notando que se le había escapado una palabra, una frase, una fórmula de cierre; encendía la luz para recordarla y, a través de los rasgos de su caligrafía, soñar con la imagen de su mano, y subiendo desde la mano, el brazo, el hombro, la cabeza, la figura entera traída hasta allí por encima de tierras y mares. Igual que un leñador que tala un bosque virgen, así hacía él con furia y fuerza desmedidas con el tiempo agreste e impenetrable que todavía tenía por delante y que percibía como una amenaza, impaciente ya por ver un claro, la perspectiva del regreso, la hora del viaje, el momento mil veces imaginado del primer abrazo a su vuelta. En su casa de madera en la recién creada colonia de trabajadores, levantada a toda prisa y cubierta con hojalata, había colgado sobre su tosca cama un calendario en el que cada tarde, muchas veces a mitad de la jornada si no podía soportar la impaciencia, iba tachando los días trabajados y contaba y recontaba la serie negra y roja, cada vez más corta, de los que todavía tenía que aguantar: cuatrocientos veinte, cuatrocientos diecinueve, cuatrocientos dieciocho días para el regreso. Porque él no contaba el tiempo como los demás hombres, a partir del nacimiento de Jesucristo, sino en función de los días que restaban para que llegase una determinada hora, la hora de volver al hogar. Y siempre que este lapso de tiempo formaba una cifra redonda, cuatrocientos, trescientos cincuenta o trescientos, igual que en el cumpleaños de ella, en su santo o en otros aniversarios personales, como por ejemplo cuando se habían conocido o cuando ella le reveló sus sentimientos por primera vez…, daba una especie de fiesta para las personas que tenía alrededor, quienes, sin saber a qué obedecía, se mostraban sorprendidos y le preguntaban. Daba una propina a los hijos sucios de los mestizos y a los trabajadores, aguardiente, de modo que gritaban jubilosos y saltaban como potros salvajes, se ponía su traje de los domingos, mandaba a buscar vino y las mejores conservas. Izaba una bandera que

flameaba de alegría en un mástil que él mismo había colocado, y venían vecinos y ayudantes curiosos por ver qué santo o aniversario se celebraba, pero él solamente sonreía y decía:

—¿A vosotros qué más os da? ¡Alegraos conmigo!

Así pasaron semanas y meses, matándose a trabajar un año y luego medio año más; ya sólo quedaban siete minúsculas semanas hasta la fecha fijada para su regreso. Hacía mucho tiempo que había calculado con desmesurada impaciencia la partida del barco y, para sorpresa del empleado que hacía las reservas, ya había reservado y pagado su camarote en el Arkansas cien días antes; entonces llegó aquel día catastrófico que no sólo rasgó su calendario sin compasión, sino que hizo pedazos con total indiferencia millones de destinos e intenciones. Aquel día catastrófico, por la mañana temprano, el agrimensor había subido cabalgando desde la llanura de color amarillo azufre hasta la montaña, acompañado de dos capataces y seguido por una tropa de gente del país con caballos y muías, para inspeccionar un nuevo punto de perforación, donde se sospechaba que había magnesita: pasaron dos días picando, excavando y dando golpes; los mestizos que realizaban la prospección sufrían bajo el aguijón de un sol de justicia que caía de plano y, reflejándose en ángulo recto sobre la piedra desnuda, rebotaba una segunda vez contra ellos; pero él presionaba a los trabajadores como un poseso, ni siquiera permitía que sus sedientas lenguas recorrieran los cien pasos que les separaban del pozo de agua excavado a toda prisa… Quería estar de vuelta para ver el correo, las cartas de ella, sus palabras. Y cuando al tercer día todavía no se había alcanzado la profundidad necesaria, al ver que todavía no habían concluido la prueba, se apoderó de él una insensata pasión por tener noticias de ella, la sed de sus palabras le hizo desvariar hasta tal punto que decidió volver solo cabalgando la noche entera únicamente para recoger aquella carta que debía de haber llegado con el correo del día anterior. Indiferente, dejó atrás a los otros en sus tiendas de campaña y recorrió a caballo aquel oscuro y peligroso camino de herradura durante toda la noche, acompañado sólo por un mozo, hasta llegar a la estación de ferrocarril. Pero, al llegar por fin a su destino a la mañana siguiente, con los caballos resollando vaho, congelados por el gélido frío de las escarpadas montañas, se sorprendieron al encontrar un panorama inusual. Los pocos colonos blancos que vivían allí habían dejado su trabajo y habían formado un grupo alrededor de la estación, en medio de un remolino de mestizos y gente del país que gritaban, preguntaban y miraban embobados. Les costó esfuerzo atravesar aquella agitada maraña. Entonces, en la oficina, se enteraron de una insospechada noticia. Habían llegado telegramas de la costa diciendo que Europa estaba en guerra. Alemania contra Francia, Austria contra Rusia. Él no se lo quería creer; se subió a aquel jamelgo que avanzaba a trompicones y le clavó las espuelas en los flancos con tanta furia que el asustado animal se levantó sobre sus patas traseras y relinchando salió al

galope hacia la sede de la autoridad local; allí se enteró de noticias todavía más deprimentes: la información era correcta e incluso peor, Inglaterra también había declarado la guerra, al tiempo que bloqueaba a los alemanes el tráfico transoceánico. Entre un continente y otro había caído un tajante telón de acero por tiempo indefinido.

Su primera reacción fue de cólera, y se puso a golpear la mesa con los puños cerrados, absurdamente, como si quisiera descargarlos sobre un enemigo invisible; en realidad, era la misma rabia con que millones de hombres impotentes golpeaban entonces los muros de la mazmorra del destino. Inmediatamente después sopesó todas las posibilidades de pasar al otro lado ilegalmente, recurriendo a la astucia o a la violencia para dar jaque a su sino… Pero el cónsul inglés, que resultó estar presente allí y con el que había trabado amistad, le advirtió prudentemente de que, a partir de entonces, estaría obligado a vigilar cada uno de los pasos que diera. De modo que su único consuelo fue la esperanza, que no tardó en defraudar a millones de hombres, de que semejante locura no durara demasiado; en pocas semanas, en pocos meses habría concluido aquella torpeza, responsabilidad de diplomáticos y generales descontrolados. Y a ese flojo aguardiente de escasa calidad que era la esperanza se añadió pronto otro más boyante, que aturdía con más fuerza: el trabajo. Mediante un cablegrama que su empresa le transmitió a través de Suecia recibió el encargo de tomar medidas preventivas para evitar la posibilidad de un embargo judicial: tenía que conseguir que la compañía se independizara de la central, para dirigirla como si fuera mexicana sirviéndose de algunos hombres de paja. La situación exigiría desplegar una extraordinaria energía, pues también la guerra, ese despótico empresario, necesitaría mineral de las excavaciones, por lo que la explotación debería acelerarse intensificando la actividad. Aquello absorbió todas sus fuerzas, se impuso sobre cualquier pensamiento caprichoso. Trabajaba doce, catorce horas al día con obsesiva dedicación, para, a última hora de la tarde, abatido por esa catapulta de cifras, hundirse en la cama agotado, insomne pero inconsciente.

Sin embargo, a pesar de que seguía creyendo que todo aquello no había afectado a sus sentimientos, lo cierto es que poco a poco su pasión iba cediendo y transformándose. No está en la esencia de la naturaleza humana vivir sólo de recuerdos, y así como las plantas y cualquier ser necesitan la fuerza nutricia de la tierra y la luz del cielo filtrada una y otra vez, para que sus colores no palidezcan y sus cálices no se deshojen marchitos, también los sueños, que parecen no ser de este mundo, necesitan alimentarse de sensaciones, el sostén de la ternura y de lo palpable, de otro modo su sangre y su intensidad pierden brillo. Así le sucedió también a ese joven apasionado, antes de que él mismo se diera cuenta, cuando durante semanas, meses y, al final, un año y luego otro más no le llegó ni una sola noticia de ella, ni siquiera

unas palabras escritas; su amada no volvió a dar señales de vida, entonces su imagen comenzó a oscurecerse poco a poco hasta caer en un crepúsculo. Cada día de trabajo quemado dejaba un par de motitas de ceniza sobre su recuerdo; todavía ardía incandescente con rojo fulgor a través de la herrumbre, pero, al final, la cubierta gris se fue haciendo más y más gruesa. Todavía se ponía a leer sus cartas de vez en cuando, pero la tinta se había quedado pálida, las palabras ya no conmovían su corazón y una vez se asustó al ver su fotografía, porque ya no podía recordar el color de sus ojos. Y cada vez eran más raras las ocasiones en las que sacaba aquellas preciosas prendas, en otro tiempo mágicas y reconfortantes, cansado, sin saberlo, de su eterna quietud, de aquella absurda conversación con una sombra que no daba respuesta alguna. Por lo demás, la empresa, que crecía rápidamente, había traído gente y nuevos colegas; él buscaba compañía, buscaba amigos, buscaba mujeres. Y cuando, el tercer año de guerra, un viaje de negocios le llevó a la casa de un gran comerciante alemán de Veracruz y conoció a su rubia hija, discreta y hogareña, se apoderó de él el miedo a quedarse solo para siempre en medio de un mundo que se venía abajo por el odio, la guerra y la locura. Tomó una rápida decisión y se casó con la muchacha. Luego llegó un hijo, lo siguió un segundo, flores vivas que nacían sobre la tumba olvidada de su amor. El círculo se había cerrado: fuera quedaba la ruidosa actividad; dentro, la paz doméstica; y, al cabo de cuatro o cinco años, ya no volvió a saber más del hombre que había sido antes.

Pero entonces llegó aquel día, un día atronador, con una tempestad de campanas, en el que los hilos del telégrafo se estremecieron y en todas las callejuelas de la ciudad se alzaron al mismo tiempo voces que daban gritos de júbilo, mientras unas letras grandes como puños proclamaban por fin la gran noticia: se había firmado la paz. Entonces, los ingleses y los americanos del lugar salieron a las ventanas lanzando hurras y cantando alegremente, sin ninguna consideración, para celebrar la ruina de la patria de él. Ese día, junto con los demás recuerdos de su país, cuyo amor volvía a confirmar en la desdicha, también se alzó aquella figura, obligándole a hacerle un lugar entre sus sentimientos. ¿Cómo le habría ido a ella durante todos esos años de miserias y privaciones que los periódicos de allí habían retratado con generosa amplitud, informando de todo con celo y diligencia, y sin privarse tampoco de hacer burlas? ¿Habrían respetado la casa de ella, su casa, o habría sido saqueada en las revueltas? ¿Y su esposo y su hijo, vivirían todavía? En medio de la noche se levantó al lado de su mujer, que respiraba plácidamente, encendió la luz y estuvo escribiendo durante cinco horas, hasta el amanecer, una carta, sin querer acabarla, en la que en un monólogo consigo mismo contaba toda su vida en ese lustro. Al cabo de dos meses, cuando ya se había olvidado de su propia carta, llegó la respuesta: indeciso, sopesó el voluminoso sobre que tenía entre sus manos, excitado por aquella letra que conocía

íntimamente: no se atrevió a romper de inmediato el lacre que lo sellaba, como si aquel sobre cerrado contuviera algo prohibido, igual que la caja de Pandora. Durante dos días lo llevó sin abrir en el bolsillo de la chaqueta, junto al pecho: de cuando en cuando sentía cómo su corazón palpitaba contra él. Pero, cuando por fin abrió la carta, descubrió que estaba redactada sin esa familiaridad que importuna y, por otro lado, que prescindía también de fríos formalismos: en los tranquilos rasgos de la escritura respiraba inmutable aquella tierna solicitud que desde siempre lo había subyugado. Su marido había muerto justo al principio de la guerra, casi no se atrevía a lamentarlo, porque así se había ahorrado ver su empresa amenazada, la ocupación de su ciudad y la miseria de su pueblo ebrio de victoria antes de tiempo. Ella y su hijo estaban sanos y salvos, y le alegraba mucho recibir noticias tan agradables de él, mucho mejores de las que ella podía referir. Le felicitaba sin reservas y con toda sinceridad por su matrimonio; él no podía evitar escucharla con desconfianza en su corazón, pero no había ninguna doblez, nada solapado que empañara la transparencia de los sentimientos que exteriorizaba. Todo lo que decía era limpio, sin ninguna exageración, jactancia o sentimentalismo, todo lo pasado parecía haberse disuelto sin dejar huellas en el afecto que seguía manifestando por él, su pasión se había esclarecido iluminando una amistad cristalina. No habría esperado otra cosa de su noble corazón, pero, al sentir su temple sereno y firme (de repente, le pareció estar viendo de nuevo sus ojos), su carácter grave y, sin embargo, lleno de bondad, como reflejaba su sonrisa, sintió una emotiva gratitud; se sentó inmediatamente y le escribió una carta larga y detallada, retomando con naturalidad su costumbre de intercambiarse informes sobre su vida, de la que hacía tanto habían prescindido; respecto a eso, el temporal que se había desatado sobre el mundo no había logrado destruir nada.

Se sintió profundamente agradecido al contemplar entonces el nítido perfil de su vida. Había logrado el ascenso social, la empresa prosperaba, en casa sus hijos iban creciendo poco a poco como tiernos brotes que florecen, hablaban, jugaban, lo miraban amablemente y alegraban sus tardes. Y de su pasado, de aquel encendido ardor de su juventud que había consumido sus noches y sus días haciéndole sufrir, ya sólo quedaba un luminoso resplandor, la luz de una amistad serena, cordial, sin exigencias ni riesgos. Por eso, cuando dos años después viajó a Berlín por encargo de una compañía americana para negociar unas patentes químicas, pensó que era completamente natural aprovechar su estancia en Alemania para ir a saludar en persona a su antigua amada convertida ahora en amiga. En cuanto llegó a Berlín, lo primero que hizo fue pedir en el hotel que le pusieran en contacto con Fráncfort: le pareció todo un símbolo que el número no hubiera cambiado en esos nueve años. «Buen presagio —pensó— nada ha cambiado». Al poco, sonó el fresco timbre del aparato que había sobre la mesa y de repente tembló ante la idea de volver a oír su voz después de tantos y tantos años, una voz que corría sobre campos,

tierras, casas y chimeneas, respondiendo a su llamada, acercándose por encima de las millas y de los años, del agua y de la tierra. Y en cuanto respondió con su nombre, salió a su encuentro un grito impetuoso, conmovedor, sorprendido y asombrado que decía: «Ludwig, ¿eres tú?», y que, después de entrar en su oído, bajó retumbando directo al corazón, donde se agolpó súbitamente toda su sangre… Algo se había inflamado de repente en su interior, le costaba esfuerzo seguir hablando, el ligero auricular temblaba en su mano. El claro sonido de la voz de ella excitada por la sorpresa, aquel golpe sonoro de alegría debió de tocar algún nervio oculto de su vida, porque sintió la sangre zumbándole en las sienes. Le costó trabajo comprender sus palabras. Y, sin querer ni ser consciente de lo que hacía, igual que si se lo hubiera susurrado alguien, prometió algo con lo que no contaba en absoluto: que al cabo de dos días iría a Fráncfort. Y con ello acabó su tranquilidad; liquidó febrilmente sus negocios, fue en coche a toda velocidad para cerrar los tratos en la mitad de tiempo y, cuando al despertar a la mañana siguiente recordó el sueño que había tenido aquella noche, se dio cuenta de que era la primera vez en años, en cuatro años, que había vuelto a soñar con ella.

Dos días más tarde, después de anunciar su visita con un telegrama, cuando tras una gélida noche se acercaba a casa de ella, notó de repente al mirarse los pies que aquella mañana había cambiado algo: «Este no es mi paso, no es mi paso de siempre, mi paso firme, directo, seguro. ¿Por qué vuelvo a andar igual que el muchacho apocado y tímido de veintitrés años que era entonces, el que avergonzado vuelve a sacudir con dedos temblorosos el polvo de su chaqueta desgastada por el uso y cubre sus manos con unos guantes nuevos antes de tocar el timbre? ¿Por qué me palpita de pronto el corazón, por qué me siento cohibido? Aquel día, al llegar aquí, tuve el misterioso presentimiento de que tras estas puertas de cobre me aguardaba agazapado el destino con ternura o con maldad. Pero hoy, ¿por qué me encojo, por qué siento esta creciente inquietud desbaratando toda la firmeza y la seguridad que hay en mí?». En vano se esforzó por dominarse, evocó en su mente a su mujer, a sus hijos, su casa, su empresa. Pero, como si una niebla fantasmal lo hubiera oscurecido todo sumiéndolo en un crepúsculo, se sintió solo, igual que si todavía fuera un aspirante, aquel inexperto muchacho acercándose a ella, y la mano que apoyaba entonces sobre el picaporte de metal empezó a temblarle y a arder.

Pero en cuanto entró, desapareció la extrañeza, pues el viejo sirviente, algo más delgado, aunque ya de por sí seco de carnes, lo recibió prácticamente con lágrimas en los ojos.

—¡El señor doctor! —balbució ahogando un sollozo.

«Ulises —se le ocurrió pensar, conmovido— los perros de la casa te reconocen, ¿te reconocerá la señora?». Entonces el portero se hizo a un lado y

ella le salió al encuentro con los brazos extendidos. Se miraron sólo un instante entrelazando sus manos. Un breve y mágico instante para comparar, observar, palpar, reflexionar ardientes y sentir avergonzados el gozo y la felicidad en sus miradas antes de esconderlas. Y, entonces, la pregunta se resolvió en una sonrisa; la mirada, en un saludo confiado. Sí, todavía era ella, aunque más envejecida, por supuesto. Aquel mechón plateado seguía recorriendo el lado izquierdo de su cabello, que todavía peinaba con raya, su brillo de plata hacía que su rostro dulce y familiar fuera un punto más sereno, algo más serio. Sintió que la sed de interminables años lo llenaba al beber su voz suave y tan íntima por el sutil dialecto con que lo saludó:

—¡Qué amable por tu parte haber venido!

¡Qué puro y libre sonaba aquello, como un diapasón que emite una nota después de haberlo golpeado, dando a la conversación su tono y su temple! Las preguntas y las respuestas iban corriendo como la mano derecha y la mano izquierda sobre el teclado, entremezclándose armónicas y claras. El ambiente opresivo y la timidez se habían disuelto en su presencia desde la primera palabra. Mientras hablaba, él iba escuchando sus razonamientos, pero en cuanto se calló, viéndola reflexionar arrobada, al bajar pensativa los párpados que hicieron invisibles sus ojos, una pregunta se deslizó rápida como una sombra de pies ligeros a través de él: «¿No son ésos los labios que besaba?». Y cuando lo dejó solo en la habitación un instante para atender una llamada de teléfono, el pasado surgió espontáneamente de todas partes, oprimiéndolo. Mientras imperaba la clara presencia de ella, aquellas voces invisibles se encogían, pero ahora cada sillón, cada cuadro tenía labios sutiles y todos le hablaban con un susurro inaudible, que sólo él percibía y entendía. «En esta casa he vivido yo —pensó— algo de mí ha quedado aquí, algo de aquellos años, todavía no he dado el paso definitivo, no estoy por completo en mi mundo». Ella regresó de nuevo a la habitación, alegre naturalmente, y las cosas volvieron a encogerse:

—Quédate a comer, Ludwig —dijo con alegre naturalidad.

Y él se quedó, se quedó el día entero a su lado, y juntos volvieron la vista atrás, hablando de los años pasados, que sólo entonces, al contarlos aquí, le parecieron verdaderamente reales. Y cuando por fin se despidió besando su mano dulce, maternal, y la puerta se cerró detrás de él, tuvo la impresión de que jamás se había marchado.

Sin embargo, por la noche, al encontrarse solo en la habitación extraña de un hotel, con el tictac del reloj a su lado y el corazón palpitándole en el pecho, golpeando cada vez con más vehemencia, aquella sensación de paz desapareció. No podía dormir, se levantó y encendió la luz, la volvió a apagar para seguir durmiendo sin sueño. No podía dejar de pensar en sus labios y en

lo distinta que era cuando la conoció, sin la familiaridad y las suaves palabras de ahora. Y, de repente, se dio cuenta de que la serenidad que habían mantenido mientras hablaban era falsa, que en alguna parte todavía quedaba algo sin resolver, algo por solventar en su relación, y que aquella amistad no era más que una máscara puesta artificialmente sobre un rostro nervioso, inquieto, turbado por la confusión y la pasión. Durante demasiado tiempo, en demasiadas noches, junto al fuego del campamento, al otro lado, en su cabaña, durante demasiados años, durante demasiados días había pensado en su reencuentro de manera muy diferente —arrojarse uno en brazos del otro, un ardiente abrazo, la entrega definitiva, ropa que cae— a esa amistosa estampa, a esa educada conversación, a ese interesarse uno por otro que había resultado ser en realidad. «Actor y actriz —se dijo— los dos frente a frente, aunque ninguno engañaba al otro. Seguro que esta noche ella duerme tan poco como yo».

Cuando volvió a su casa a la mañana siguiente, a ella le tuvo que llamar la atención su falta de dominio sobre sí mismo, lo inquieto que estaba, su mirada esquiva, pues las primeras palabras con que se dirigió a él fueron confusas y ya no logró recuperar aquel sereno equilibrio en la conversación. Se elevaba con un estremecimiento, decaía, había pausas y tensiones que había que vencer ejerciendo una violenta presión. Algo había entre ellos contra lo que las preguntas y respuestas se estrellaban como murciélagos en una pared. Los dos se daban cuenta de que iban tocando temas de pasada o dejándolos a un lado hasta que, finalmente, tambaleándose por ese artificioso andar en círculo de las palabras, la conversación se agotó. Él lo advirtió a tiempo, y cuando ella volvió a invitarle a comer, se excusó diciendo que tenía una entrevista urgente en la ciudad.

Ella lo lamentó mucho y muy sinceramente, ahora ya se aventuraba a imprimir de nuevo a su voz el tímido acento de la cordialidad y, sin embargo, no se planteó retenerlo seriamente. Mientras lo acompañaba a la salida, se miraban inquietos a hurtadillas. Sus nervios chirriaban, la conversación topaba una y otra vez con aquella barrera invisible que los acompañaba de habitación en habitación, de palabra en palabra, creciendo violentamente, tanto que ya empezaba a cortarles la respiración, de modo que fue un alivio cuando él, echándose el abrigo por encima, se colocó de pie junto a la puerta; pero, de pronto, se giró volviendo sobre sus pasos decididamente.

—En realidad, quería pedirte algo más antes de marcharme.

—¿Pedirme algo? ¡Encantada! —dijo, volviendo a sonreír radiante por poder cumplir su deseo.

—Tal vez sea una locura —dijo con una mirada vacilante—, pero seguro que lo comprenderás: me gustaría ver una vez más la habitación, mi

habitación, donde viví dos años. Siempre he estado abajo, donde se recibe a las visitas, a los extraños, y ya ves, si ahora me vuelvo a mi hogar, no tendré en absoluto la sensación de haber estado en casa. Cuando uno se hace mayor, busca su propia juventud y se alegra tontamente al revivir pequeños recuerdos.

—¿Que tú te haces mayor, Ludwig? —repuso ella casi con alborozo—. ¡Qué vanidoso eres! Mírame a mí con este mechón gris. Comparado conmigo no eres más que un muchacho y ya dices que te estás haciendo mayor. ¡Déjame a mí ese pequeño privilegio! ¡Y qué olvido por mi parte no haberte acompañado inmediatamente a tu habitación! Porque es así, sigue siendo tu habitación. No encontrarás nada cambiado: en esta casa no cambia nada.

—Espero que tú tampoco —dijo él intentando bromear, pero al ver la mirada de ella, la suya se volvió sin querer tierna y cálida. Ella se sonrojaba con facilidad.

—Uno envejece, pero sigue siendo el mismo.

Subieron a su habitación. Ya al entrar tuvieron un leve percance: ella iba a retirarse para cederle el paso después de abrir, cuando, al moverse los dos a la vez en un gesto de mutua cortesía, sus hombros chocaron fugazmente en el umbral de la puerta. Ambos se sobresaltaron y retrocedieron sin pensarlo, pero este fugaz roce de cuerpo contra cuerpo bastó para confundirles. Un mudo desconcierto rodeó su persona (ella se sentía doblemente sensible en aquella estancia vacía y sin ruidos), paralizándola. Nerviosa, se dirigió apresuradamente hacia las ventanas para descorrer las cortinas y permitir que la luz cayera sobre las cosas agazapadas en lo oscuro. Pero en cuanto entró la claridad, el repentino chorro de luz hizo que todos los objetos, de pronto, adquirieran vida y se agitaran inquietos, sobresaltados. Todo daba un revelador paso al frente y proclamaba en voz alta un recuerdo inoportuno. Aquí el armario, que su solícita mano siempre le había ordenado en secreto; allí la librería, que se completó a conciencia para atender sus más fugaces deseos; allí —haciendo un alegato avasallador— la cama, bajo cuya colcha extendida yacían enterrados sus innumerables sueños con ella; allí, en el rincón —la idea ardiente le abordó de improviso—, la otomana, donde aquella vez se le había escapado de las manos: inflamado por la pasión que ahora ardía abrasadora después de haber reavivado sus llamas, reconoció por todas partes signos y recuerdos de ella, de la misma que estaba de pie a su lado, respirando tranquila, tremendamente extraña, volviendo la mirada, inaccesible. El grueso silencio que se acumulaba en la estancia desde hacía años comenzó a inflarse arrolladoramente, excitado por la presencia de personas, presionando los pulmones y oprimiendo el corazón. Algo tenían que decir para desplazar este silencio y evitar que los aplastase… Ambos lo sabían y fue ella quien lo hizo… dándose la vuelta de repente.

—¿No es cierto que todo está exactamente igual que antes? —empezó a decir con la firme voluntad de hablar de algo indiferente, ingenuo (aunque su voz temblase como si estuviera empañada), pero él no recogió el complaciente tono de la conversación, al contrario, apretó los dientes.

—¡Todo es como antes salvo nosotros, nosotros no!

Al oír aquello fue como si le soltaran un mordisco. Se dio la vuelta asustada.

—¿Cómo dices eso, Ludwig?

Pero ella no encontró su mirada, pues sus ojos no recogían ya los suyos, sino que miraban absortos, mudos y ardientes a la vez, a sus labios, a los labios que no había tocado desde hacía años y años y que, sin embargo, en otro tiempo ardían sobre su carne, esos labios que había sentido retraídos y húmedos como una fruta. Ella se sintió incómoda al comprender la sensualidad de su mirada; un rubor atravesó su rostro rejuveneciéndolo misteriosamente, haciendo que a él le pareciera la misma que entonces, en el momento de su despedida, en aquella misma habitación. Una vez más intentó apartar de sí esa mirada absorbente, peligrosa, no darse por enterada de lo innegable.

»¿Cómo dices eso, Ludwig? —repitió, pero era más una súplica de que no se lo aclarara que una pregunta que esperase una respuesta.

Entonces él hizo un movimiento firme, decidido; con fuerza varonil, su mirada tomó la de ella.

—No me quieres entender, pero sé que, a pesar de todo, me entiendes. ¿Te acuerdas de esta habitación… y te acuerdas de lo que me prometiste que harías… cuando yo regresara…?

Los hombros de ella temblaban; todavía intentó rechazarlo una vez más:

—Deja eso, Ludwig… Eso son cosas antiguas, no las toquemos. ¿Dónde han quedado esos tiempos?

—Esos tiempos han quedado dentro de nosotros —respondió firmemente—, en nuestra voluntad. He esperado nueve años mordiéndome los labios. Pero no he olvidado nada. Y te pregunto: ¿todavía lo recuerdas?

—Sí —dijo ella mirándole más tranquila—, tampoco yo he olvidado nada.

—¿Y quieres…? —tuvo que tomar aliento para que la frase no desfalleciera—, ¿quieres consumarlo?

El rubor saltó de nuevo a su rostro flotando hasta la raíz de sus cabellos. Ella se acercó a él para apaciguarlo:

—¡Ludwig, recapacita! Decías que no has olvidado nada, pero no olvides que ya casi soy una anciana. Con el cabello gris uno ya no puede pedir nada más, porque tampoco tiene nada que dar. Te lo suplico, lo pasado pasado está, déjalo así.

Sin embargo, en esos momentos, él encontraba un placer especial en mostrarse firme y decidido.

—Estás evitándome —dijo apremiándola—, pero he esperado demasiado tiempo; te pregunto: ¿te acuerdas de tu promesa?

La voz de ella temblaba a cada palabra.

—¿Por qué me lo preguntas si ya no tiene ningún sentido lo que te diga ahora que es demasiado tarde? Pero ya que me lo pides, te responderé. Jamás habría podido negarte nada, siempre te he pertenecido, desde el día en que te conocí.

Él la contemplaba. Seguía erguida incluso en medio de su confusión, clara, auténtica, sin cobardía, sin subterfugios, siempre la misma, su amada, maravillosamente reservada en esos instantes, cerrada y abierta a un tiempo. Sin ser consciente de lo que hacía, avanzó hacia ella, pero en cuanto la mujer advirtió el ímpetu con que se acercaba, lo rechazó implorándole:

—Ven, Ludwig, ahora tienes que venir, no nos quedemos aquí, vayamos abajo; es mediodía, en cualquier momento puede entrar a buscarme la doncella de servicio, no podemos quedarnos aquí por más tiempo.

Y la irresistible fuerza de su ser acabó por doblegar la voluntad de él, que la obedeció sin decir ni una palabra, exactamente igual que entonces. Bajaron al recibidor y atravesaron el zaguán hasta llegar a la puerta, sin atreverse a decir nada, sin mirarse el uno al otro. En la puerta, él se volvió de repente y le dijo:

—No puedo hablarte ahora, discúlpame. Te escribiré.

Ella le sonrió agradecida.

—Sí, escríbeme, Ludwig, es mejor así.

Y en cuanto se encontró de vuelta en la habitación de su hotel, se precipitó a la mesa y le escribió una larga carta que, palabra a palabra, página a página, iba volviéndose más impetuosa y arrebatada por la pasión contenida, truncada repentinamente. Iba a ser su último día en Alemania en meses, en años, tal vez para siempre, y no quería, no podía marcharse y dejarla con la mentira de su fría conversación, faltando a la verdad obligados por la conveniencia social; quería, tenía que hablar con ella otra vez, a solas, libre de aquella casa, del miedo, del recuerdo y del embotamiento de las estancias vigiladas que los cohibían. De modo que le propuso que le acompañara en el tren de la tarde a

Heidelberg, donde una vez, hacía una década, habían disfrutado de una breve estancia, extraños aún el uno para el otro y, sin embargo, movidos ya por la intuición de una íntima afinidad: ese día, sin embargo, habría de ser la despedida. Era su último deseo, el más hondo; ya sólo le pedía esa tarde, esa noche. Selló la carta apresuradamente y la envió por medio de un recadero a la casa de ella. En un cuarto de hora ya estaba de vuelta trayendo en sus manos un pequeño sobre sellado de color amarillo. Lo rasgó con mano temblorosa, sólo había una nota dentro, un par de palabras escritas con su letra firme, resuelta, apresurada y, sin embargo, enérgica:

«Es una locura lo que me pides, pero jamás pude y jamás podré negarte nada; iré».

El tren ralentizó su marcha, una estación con luces centelleantes le obligaba a refrenar su carrera. Sin querer, levantó la mirada soñadora que había concentrado en su interior y adelantó el cuerpo para contemplar de nuevo la tierna figura de sus fantasías recostada frente a él en la pálida oscuridad. Sí, allí estaba, era verdad, siempre fiel, la que lo amaba serenamente había venido con él, a él…, una y otra vez lo envolvía con su presencia tangible. Como si algo dentro de ella hubiera sentido en la distancia esa mirada que la buscaba, el tímido roce de una caricia, se incorporó y miró a través de los cristales, detrás de los cuales pasaba corriendo un incierto paisaje húmedo y oscuramente primaveral, resplandeciente como el agua.

—Deberíamos llegar enseguida —comentó ella como si lo dijera para sí misma.

—Sí —suspiró él profundamente—, ya está durando mucho.

Ni él mismo sabía si estas palabras lanzadas al aire con ansiedad se referían al viaje o a los largos años que habían pasado hasta llegar a este punto, a esta hora: una total confusión entre sueño y realidad atravesaba sus sentimientos. Sólo sentía las ruedas traqueteantes que corrían bajo él rumbo a algún lugar, al encuentro de un instante que él no podía precisar en medio de su extraña turbación. No, no debían pensar en ello, sólo se dejaban llevar blandamente por un poder invisible, al encuentro de algo misterioso, irresponsable, relajando sus miembros. Había en todo aquello una especie de expectación, semejante a la de los novios, dulce y sensual, y que, sin embargo, se mezclaba oscuramente con el miedo previo a la consumación, con ese temor místico que surge cuando, de repente, algo infinitamente anhelado se acerca físicamente al corazón, que lo recibe con asombro. No, ahora no debían pensar en nada, ni querer nada, ni desear nada, sólo permanecer así, arrebatados en medio de un sueño, dirigiéndose hacia lo desconocido, arrastrados por una marea extraña, sin tocarse pero sintiéndose, deseándose pero sin alcanzarse, balanceándose sobre el destino, reintegrados en su propio

ser. Seguirían así durante horas, una eternidad en ese prolongado crepúsculo envuelto en sueños, aunque, con un leve temblor, ya se perfilaba la idea de que aquello podía llegar pronto a su fin.

Y allí estaban ya, titilando por todas partes igual que luciérnagas, a un lado y a otro, por todo el valle, aquellas brillantes chispas eléctricas que se multiplicaban, farolas que se encadenaban duplicadas en rectas hileras, mientras el rechinar de los raíles se elevaba por encima de ellos y una pálida cúpula de vapor algo más claro que la oscuridad se expandía a su alrededor.

—Heidelberg —dijo uno de aquellos señores a los demás mientras se levantaba.

Distribuyeron sus infladas carteras de viaje y se dirigieron apresuradamente hacia la salida abandonando el compartimiento. Las ruedas rechinaron sordamente al frenar en el enlace de los raíles de la estación, hubo un tirón, una fuerte sacudida, luego la velocidad disminuyó y las ruedas chirriaron por última vez como si fueran un animal atormentado. Se quedaron sentados un segundo los dos solos, uno frente al otro, igual de asustados por la súbita realidad.

—¿Ya hemos llegado?

Sin querer, sonó como si lo dijese asustada.

—Sí —respondió él, y se puso en pie—. ¿Puedo ayudarte?

Ella lo rechazó y salió por delante apresuradamente, pero se detuvo de nuevo ante el estribo del vagón; como si se tratara de agua helada, su pie vaciló un instante antes de descender. Luego bajó de un tirón. Él la siguió sin decir nada y entonces ambos se encontraron de pie uno frente a otro sobre el andén. Por unos instantes parecieron desamparados, extraños, dolorosamente conmovidos, mientras la pequeña maleta se balanceaba pesadamente a un lado y a otro en la mano de él. Entonces, de repente, la máquina jadeante que estaba a su lado volvió a resoplar soltando con un silbido su vapor. Ella se estremeció y lo miró pálida, con los ojos confusos e inseguros.

—¿Qué te pasa? —preguntó él.

—¡Lástima, era tan hermoso viajar así! Me habría gustado seguir viajando horas y horas.

El guardó silencio. Había pensado exactamente lo mismo hacía un segundo, pero ya había pasado y algo tenían que hacer.

—¿No nos vamos? —preguntó prudentemente.

—Sí, sí, vámonos —murmuró ella de una forma apenas inteligible. Sin embargo, ambos permanecieron de pie uno junto a otro, cada cual por su lado,

como si algo se hubiera roto en ellos. Fue entonces (él había olvidado cogerla del brazo) cuando se volvieron indecisos y confusos hacia la salida.

Abandonaron la estación de ferrocarril, pero en cuanto salieron por la puerta sintieron de golpe el rugido de una tempestad que se abatía sobre ellos arreciando con el ruido de los tambores, los agudos silbidos y el fragoroso estruendo de los gritos…, una manifestación patriótica de las uniones de combatientes y estudiantes. Muros que caminaban, escuadras que marchaban unas tras otras en líneas de a cuatro empavesadas con banderas, gentes con atuendos militares que desfilaban marcando el paso como un único hombre, haciendo retumbar el suelo al mismo ritmo, la nuca rígida, echada hacia atrás con enérgica resolución, la boca abierta de par en par para cantar, una voz, un paso, un ritmo. En la primera fila, generales, dignatarios de pelo cano cubiertos de bandas, flanqueados por la juventud que llevaba con atlética firmeza gigantescas banderas tiesas y derechas, haciendo que ondearan al viento calaveras, cruces gamadas, antiguos estandartes imperiales, sacando el pecho, adelantando la frente como si salieran al encuentro de las baterías enemigas. Como si las forzara a avanzar un puño que fuera fijando la cadencia, geométricas, ordenadas, marchaban las masas al compás, guardando exactamente la distancia y manteniendo el paso, tensando todos los nervios, con una mirada amenazante en el rostro, y siempre que una nueva falange —veteranos, jóvenes del pueblo, estudiantes— pasaba por delante de una tribuna elevada donde la percusión de los tambores descargaba golpes de acero sobre un invisible yunque dictando obstinadamente el ritmo, una sacudida recorría la muchedumbre de cabezas que se volvían marcialmente hacia la izquierda girando unánimes la nuca, levantando palpitantes las banderas desplegadas con cordones ante el caudillo del ejército que con rostro de piedra asistía impertérrito a la parada de los civiles. Imberbes, con bozo o desdentados y con arrugas, trabajadores, estudiantes, soldados o muchachos, todos tenían en ese instante el mismo rostro atravesado por una mirada dura, resuelta, airada; la barbilla levantada con obcecación y el gesto invisible de blandir la espada. El ritmo machacón de los tambores acompañaba a las tropas con un incesante fragor doblemente enardecedor por su monotonía, volviendo las espaldas rígidas; los ojos, duros… en la invisible fragua de la guerra, de la venganza, instalada en un lugar apacible contra un cielo recorrido dulcemente por suaves nubes.

—¡Qué locura! —balbuceó sorprendido sintiendo vértigo—. ¡Qué locura! ¿Qué quieren? ¿Otra guerra, otra guerra?

¿Otra guerra como la que había hecho pedazos su vida entera? Con un extraño temblor miró sus rostros jóvenes, se quedó mirando absorto a esa masa que avanzaba negra, en escuadras de a cuatro, esa cinta cinematográfica cuadrada que se desenrollaba de la estrecha bobina que contenía una oscura

cajita, y cada rostro en el que se paraba estaba igual de tieso, resuelto y amargado, era un arma, una amenaza. ¿Y a qué venía esa amenaza que se extendía como una nota discordante en la suave tarde de junio, metida a martillazos en una amable ciudad que soñaba despierta?

—¿Qué quieren? ¿Qué quieren?

Daba vueltas y vueltas a aquella pregunta que lo angustiaba. Acababa de contemplar el mundo con la claridad de un cristal diáfano, cubierto de ternura y amor por el sol, se había dejado llevar por una melodía de bondad y de confianza, y de repente empezaba a resonar el paso de las masas marchando como entonces, aplastándolo todo, ceñidas marcialmente, mil voces, mil temperamentos y, sin embargo, un solo aliento, una sola voz, una sola mirada. Odio, odio, odio.

Sin darse cuenta se agarró del brazo de ella para sentir algo cálido: amor, pasión, bondad, ternura, un sentimiento dulce y sedante, pero el estrépito de los tambores quebraba su paz interior. Mientras miles de voces se unían en un himno a la guerra incomprensible, atronador, la tierra temblaba bajo el ritmo que marcaban sus pasos y el aire explotaba en medio de los repentinos gritos de júbilo de aquella tropa descomunal; sintió que algo tierno y vibrante se rompía dentro de él bajo este violento estampido de realidad que se propagaba retumbando.

Un ligero roce a su lado lo sobresaltó: la mano de ella con los dedos cubiertos por los guantes diciéndole tiernamente a la suya que no se crispase en un puño feroz. El apartó su mirada absorta…, ella lo miraba suplicante, sin decir nada, tirando levemente de su brazo para que se pusiera en marcha.

—Sí, vámonos —murmuró reflexionando, y levantó los hombros como para defenderse de algo invisible, avanzando arrolladoramente a través de aquella masa gelatinosa de hombres como él, que se apretaban blandamente unos contra otros, sin decir nada, mirando hechizados la imparable marcha con que avanzaban las legiones militares.

Se debatía por salir de allí sin saber adónde iría a parar, pero quería dejar aquel estruendoso tumulto, marcharse de allí, de aquella plaza donde un mortero machacaba con implacable ritmo todo lo sutil e idealista que había en él. Sólo quería marcharse, estar a solas con ella, con ella únicamente, cubierto por una bóveda de oscuridad, por un tejado, sentir su aliento por primera vez en diez años sin ser vigilado, mirar sus ojos sin ser molestado, disfrutar hasta el final de ese encuentro a solas que se había prometido en incontables sueños y que había estado a punto de llevarse consigo esa ola humana que giraba en remolino, atropellándose una y otra vez entre gritos y pasos. Su mirada tanteaba nerviosa las casas, adornadas todas ellas con banderas entre las que de vez en cuando se distinguían unas letras doradas anunciando una empresa y

otras, una pensión. De repente sintió en la mano el leve peso de la pequeña maleta como un recordatorio: el anhelo de descansar en algún sitio, estar encasa, ¡solos! ¡Comprar un puñado de paz, un par de metros cuadrados de espacio! Y como si fuera la respuesta a sus deseos, en ese instante saltó ante sus ojos el nombre de un hotel en brillantes letras de oro sobre una alta fachada de piedra, un hotel que se adelantó a su encuentro con su vestíbulo de cristal. Aminoró el paso y contuvo la respiración. Se detuvo casi conmovido, soltando sin querer el brazo de ella.

—Tiene que ser un buen hotel, porque me lo han recomendado —mintió tartamudeando nervioso en medio de su confusión.

Ella retrocedió asustada, la sangre inundó su pálido rostro. Sus labios se movían y querían decir algo…, tal vez lo mismo que hace diez años, aquel espantoso: «¡Ahora no! ¡Aquí no!».

Pero entonces vio la mirada que él le dirigía, una mirada angustiosa, turbada, nerviosa, y dejando caer la cabeza, accedió sin decir nada, siguiéndole hasta el umbral del hotel con pasos cortos, desmayados.

A la entrada del hotel estaba el recepcionista de pie, con un colorido uniforme, dándose importancia como el capitán de un barco responsable de vigilar el rumbo de la nave, entretenido detrás de un mostrador que marcaba las distancias. No se movió ni un paso para recibir a los que entraban indecisos, se limitó a juzgarlos rápidamente con una mirada fugaz, concediéndoles poco valor en cuanto vio la pequeña maleta que llevaban. Se quedó esperando y tuvieron que llegar hasta él, que, de repente, parecía de nuevo tremendamente ocupado con las hojas de tamaño folio del gigantesco libro de huéspedes abierto de par en par. Sólo se puso de pie cuando los que iban a solicitar su registro ya estaban justo ante él. Levantó su fría mirada y los examinó rigurosamente como un experto.

—¿Tienen una reserva los señores? —dijo, para, después de la negativa con la que casi les hizo sentir culpables, responderles pasando de nuevo las hojas del libro—: Me temo que está todo ocupado. Hoy celebramos la consagración de las banderas, pero —añadió con clemencia—… veré qué se puede hacer.

Soltarle una bofetada, eso es lo que podría hacerle a ese tipejo con galones de sargento, pensó humillado y amargado, sintiéndose de nuevo, por primera vez en diez años, como un mendigo que espera un favor, un intruso. Pero el presuntuoso recepcionista ya había concluido su atenta comprobación.

—La número veintisiete acaba de quedar libre; una habitación doble, si les interesa.

¿Qué otra cosa cabía hacer más que dar con indiferencia una enojosa

conformidad? Su mano inquieta cogió la llave que le tendía, impaciente ya por poner unas mudas paredes entre él y aquel hombre. Entonces, aquella estricta voz volvió a sonar apremiante detrás del mostrador.

—Regístrense, por favor.

Y le presentó una hoja cuadrada, en la que encontró distribuidos en recuadros diez o doce epígrafes que debía rellenar: estado civil, nombre, edad, filiación, lugar de residencia y nacionalidad, el impertinente cuestionario administrativo al que tiene que ceñirse todo hombre vivo. Cubrió aquel tedioso trámite a vuelapluma, pero al tener que consignar el nombre de ella uniéndolo al suyo en matrimonio (¿qué otro habría sido su deseo más secreto en cierta época?) sin ser verdad… sintió cómo el ligero lápiz con que escribía temblaba pesado en su mano.

—Y aquí falta también la duración de la estancia —reclamó implacable, revisando lo que había escrito, señalando con su dedo carnoso el epígrafe todavía vacío.

«Un día», rellenó el lápiz con trazos airados. Excitado, sintió su frente húmeda y tuvo que quitarse el sombrero, porque le sofocaba aquel aire enrarecido.

—Primer piso a la izquierda —les dijo un mozo cortés y diligente que acudió de un salto, cuando él, agotado, miró a su alrededor sólo para buscarla a ella, que había permanecido de pie y sin moverse durante todo el proceso, abstraída en la contemplación de un cartel que anunciaba una velada musical en la que una desconocida cantante interpretaría piezas de Schubert; sin embargo, aunque estaba de pie inmóvil, corría sobre sus hombros una ola temblorosa como el viento sobre un prado.

Él observó con vergüenza la violenta agitación que la dominaba: «¿Por qué la he arrancado de su paz para traerla hasta aquí?», pensó sin querer. Pero ahora ya no había marcha atrás.

—Ven —dijo él, empujándola suavemente.

Ella se desprendió del curioso cartel y, sin mostrarle su rostro, le precedió por la escalera, subiendo lenta, trabajosamente, con pasos pesados. «Casi como una anciana», pensó sin querer.

Lo había pensado sólo un segundo, mientras ella, con la mano en la barandilla, se esforzaba por subir aquellos pocos escalones. Había rechazado en el acto una idea tan repugnante, pero algo frío y doloroso quedó en el lugar de esa sensación violentamente rechazada.

Por fin se vieron arriba, en el pasillo; aquellos dos minutos de silencio habían sido una eternidad. Había una puerta abierta, era su habitación. La

doncella todavía andaba dentro con el trapo y la escoba.

—Un instante, enseguida acabo —se disculpó—; tengo que terminar de recoger la habitación, pero los señores ya pueden entrar, sólo me falta traer ropa de cama limpia.

Ellos entraron. La estancia cerrada albergaba un aire enrarecido, denso y dulzón, olía a jabón de olivas y humo de tabaco, en alguna parte aún se agazapaba la huella informe de gente extraña.

Descarada y tal vez guardando todavía el calor de los últimos huéspedes, la cama doble se alzaba revuelta en medio de la habitación declarando el sentido y el fin del alojamiento. Él sintió asco ante esta evidencia. Sin querer, huyó hacia la ventana y la abrió de golpe: el aire suave, húmedo, mezclado con el ruido nebuloso de la calle entró lentamente, pasando de largo ante las cortinas que se retiraron temblorosas. Se quedó junto a la ventana abierta y miró tenso los tejados de fuera ya oscurecidos. ¡Qué fea era aquella habitación, qué vergonzoso era estar allí, qué decepcionante después de años de añoranza y de separación! Ni él ni ella habrían deseado algo tan vergonzosamente descarnado. Durante tres, cuatro, cinco bocanadas de aire —él las contó— estuvo mirando fuera, temeroso de decir la primera palabra; luego no, ya no importaba, se forzó a darse la vuelta. Y exactamente como había presentido, como había temido, la encontró allí petrificada, con la mirada perdida, su guardapolvo gris, los brazos colgando, abatida en medio de la habitación como algo que no pertenecía a este lugar y que sólo había acabado en esta repulsiva estancia por una fatal casualidad, por descuido. Se había quitado los guantes con la evidente intención de posarlos, pero debía de haberle dado asco dejarlos en cualquier parte de aquella habitación, de modo que se bamboleaban como bolsas vacías (vacías de ella) en sus manos. Sus ojos estaban paralizados, velados por la estupefacción: entonces, cuando se volvió, lo asaltaron suplicantes. Él comprendió.

—¿No estaría bien —la voz avanzaba a trompicones buscando aliento—, no estaría bien ir a dar un paseo…? ¡Todo esto resulta tan vulgar…!

—Sí…, sí…

Se sentía liberada y las palabras le salieron en tromba… ahuyentando el miedo que la atenazaba. Echó mano del picaporte de la puerta y él la siguió más lentamente, viendo que los hombros de ella temblaban como los de un animal que hubiera escapado de la mortal presa de unas garras.

La calle esperaba cálida y abarrotada de gente que se movía con paso inquieto, tempestuoso, aún en la estela del solemne desfile…, así que giraron a un lado por callejuelas más tranquilas, hacia el camino del bosque, el mismo por el que habían subido hacía una década hasta el castillo un domingo de

excursión.

—¿Te acuerdas? Era un domingo —dijo sin querer en voz alta y ella, que evidentemente daba vueltas en su interior al mismo recuerdo, respondió en voz baja:

—No he olvidado nada de lo que hice contigo. Otto iba con un compañero de colegio, corrían por delante desbocados…, casi los habíamos perdido en el bosque. Yo lo llamé a voces una y otra vez y él no volvía, pero lo hice de mala gana, porque sentía el impulso de estar contigo a solas, aunque entonces todavía fuéramos unos extraños el uno para el otro.

—Y hoy —añadió él, intentando bromear, pero ella permaneció muda. «No habría debido decirlo —pensó sordamente—¿qué me impulsa a comparar constantemente el hoy con el ayer? ¿Por qué no le agrada nada de lo que le digo hoy? Siempre se entrometen aquellos días, el pasado».

Iban ascendiendo en silencio. Las casas, pegadas unas a otras, se inclinaban ante sus ojos iluminadas por una pálida luz, el río serpenteante se arqueaba cada vez con más claridad en el crepúsculo del valle, mientras los árboles susurraban y dejaban caer la oscuridad sobre ellos. No se cruzaron con nadie, sólo sus calladas sombras se arrastraban por delante de ellos y siempre que una farola iluminaba sus figuras perpendicularmente, las sombras se fundían una con otra, como si se abrazasen, se ensanchaban ansiando unirse cuerpo con cuerpo en una sola figura, luego se apartaban una vez más, para volver a abrazarse, mientras ellos caminaban cansados, respirando profundamente. Él observaba hechizado ese curioso juego, el cogerse y alejarse y volverse a coger de aquellas figuras sin alma, cuerpos de sombra, que, sin embargo, no eran sino reflejo de los suyos propios; con mórbida curiosidad veía el huir y el entrelazarse de esas figuras sin ser, y casi se olvidaba de la mujer viva que tenía a su lado por su negra imagen fluida, fugitiva. No pensaba en nada determinado y, sin embargo, sentía que, de alguna manera, este tímido juego le advertía de algo, de algo que yacía en lo más hondo de su ser como una fuente agitada a punto de rebosar, como si el caudal de sus recuerdos creciera y se acercara a él inquietante y amenazador. Pero ¿qué era…? Aguzó todos sus sentidos. ¿Qué le evocaba ese paseo entre las sombras del bosque dormido? Debían de ser palabras, una situación, algo vivido, oído, sentido, algo envuelto en una melodía, algo enterrado en lo más profundo, que no había tocado en años y años.

Y, de repente, se abrió una grieta centelleante en la oscuridad del olvido: eran palabras, un poema que ella le había leído una vez en su habitación al caer la tarde. Un poema, sí, en francés, evocó las palabras que, como traídas por un viento cálido que las arrancaba del pasado, subieron de golpe hasta sus labios y así escuchó, después de una década, los versos olvidados de un poema

en una lengua extranjera recitados por su voz:

Dans le vieux parc solitaire et glacé

Deux Spectres cherchent le passé.

Y en cuanto su memoria se iluminó con esos versos, acabó de completar la imagen: la lámpara ardiendo con su luz dorada en el salón oscuro donde ella le había leído a la caída de la tarde este poema de Verlaine. La veía entre las sombras de la lámpara tal y como estaba sentada aquella noche, cerca y lejos a un tiempo, amada e inalcanzable; sintió de repente su mismo corazón de entonces palpitando de excitación, oyó la voz de ella columpiándose sobre la sonora onda de los versos; en el poema —aunque sólo en el poema— podía oír cómo pronunciaba la palabra «nostalgia» y la palabra «amor», en una lengua extranjera, es cierto, y dirigidas a un extraño, pero oírlas al fin y al cabo con el tono embriagador de esta voz, de su voz. ¿Cómo había podido olvidar durante tantos años ese poema, esa velada en la que solos en la casa, confusos por ello, huyeron de la embarazosa conversación buscando un punto de encuentro más amable en los libros, donde, detrás de las palabras y de la melodía, de vez en cuando brilla el relámpago que nos permite reconocer un sentimiento íntimo, como la luz que atraviesa la fronda de arbustos, chispeante, intangible, y sin embargo llenándonos de una dicha inefable? ¿Cómo había podido olvidarlo durante tanto tiempo? ¿Y cómo había recuperado, también de repente, ese poema perdido? Sin darse cuenta, tradujo para sí aquellos versos:

En el viejo parque gélido y nevado,

dos sombras buscan su pasado.

Y al recitarlos los entendió, la llave luminosa y pesada que descubría su secreto cayó en sus manos, desde la sima donde dormía se alzó una asociación clara, aguda, arrancada de sus recuerdos: las sombras de las que se hablaba allí estaban sobre el camino, sus sombras habían removido y despertado aquellas palabras, sí, pero todavía había más. Estremeciéndose de miedo descubrió de repente una segunda interpretación que lo aterró; habían sido unas palabras proféticas, cargadas de sentido. ¿Acaso no eran ellos mismos esas sombras que buscaban su pasado dirigiendo absurdas preguntas a un entonces que ya no era real? Sombras, sombras que querían convertirse en algo vivo y que no lo lograban. Ni ella ni él eran los mismos y, sin embargo, seguían buscándose afanosamente, siempre en vano, huyendo y reteniéndose, esforzándose denodadamente, cuando carecían de ser y de fuerzas para lograrlo, como los negros fantasmas que tenían ante sus pies.

Sin ser consciente de lo que hacía, debió de soltar un gemido, porque ella se volvió:

—¿Qué te pasa, Ludwig? ¿En qué piensas?

Pero él se limitó a rehuir la pregunta.

—¡En nada! ¡En nada!

Y ya sólo se concentró en escuchar en lo más hondo de su ser, volviendo a aquel entonces, por si aquella voz profética, la intérprete de sus recuerdos, quería volver a hablarle desvelándole el presente a través de su pasado.

Freeditorial

¿Te gustó este libro?
Para más e-Books GRATUITOS visita freeditorial.com/es